

Ondas expansivas

JULIÁN ISAZA

Ondas expansivas

El fin de la noche

Isaza, Julián

Ondas expansivas. - 1a ed. - Buenos Aires : El fin de la noche, 2010.
74 p. ; 13x20 cm. - (El sueño de la razón)

ISBN 978-987-1491-15-5

1. Literatura Argentina. I. Título
CDD A860

Imagen de tapa: Lula Mari, "La tempestad" (2008). Óleo sobre tela
www.lulamari.blogspot.com

© Editorial El fin de la noche, 2009
Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-1491-15-5
Editorial El fin de la noche

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra,
escribanos a: info@elfindelanoche.com.ar

www.elfindelanoche.com.ar

A Clara

Tiempo muerto

El problema era que hacía demasiado tiempo no mataba a nadie. Todo tiempo pasado fue mejor. En días como hoy se cuestiona bastante y entra en agudas depresiones. Se decepciona a sí mismo. El asunto es que ya lo había hecho muchas veces, incluso sus crímenes ocuparon las primeras páginas de los diarios, pero la magia se había perdido, se había refundido en algún lugar entre el tedio y la falta de compromiso. ¿Aún tendría el talento que supuso en algún momento? La pasión, es verdad, se esfuma entre la niebla espesa de la cotidianidad.

Mírate ahora: calvo, gordo, preocupado por las cuentas, con tantas cosas que hacer, pero nada importante entre manos, se decía, mientras forraba su convexa barriga, mientras recorría cada detalle de aquella cara tan redonda y tan amable. Cara de padre de familia. Es un homicida jubilado: tiene perro pequeño, esposa sonriente e hijos inquietos. Una vida con seguro de vida, que paga con rigor mensualmente. Los domingos usa sudadera y va a almorzar en familia. En la tarde hace la siesta y, a veces, hasta tiene lindos sueños. Qué vergüenza.

Hubo mejores tiempos. Hubo días de agitadas carcerías. La vida fue buena. Con sólo recordarlo una excitación adolescente le baja hasta la ingle. Se pasa la lengua por el labio superior, la saliva inunda su boca. Un antes y un después, como aquella publicidad, como esas propagandas de fórmulas milagrosas para bajar de peso, en las que un barrigón pasa a ser un fisiculturista, en las que un decidido asesino se convierte en un apacible hombre de familia.

¿Qué sucedió?, ¿en qué momento se perdió el camino?, se pregunta mentalmente y, entre tanto, empaca los sándwiches en las loncheras de sus hijos, los envuelve con cuidado en una servilleta y cierra. Palmea las cabezas de sus crías y los ve subir al bus. Y aún, mientras sonrío beatíficamente, siente que odia a ese par de renacuajos pecosos y detestables, a su maligna semilla convertida en demasiadas células, tejidos, órganos.

Se sienta en el sofá. Mejor: deja que la gravedad lo desparrame. Su mujer lo besa en la frente, se despierta y él le devuelve una mirada mansa y piensa en los leones domados y viejos del circo. Recuerda que hace unos años hizo que una ciudad temblara y que los periodistas entrevistaran a algún policía de rango que intentaba explicar por qué coño no daban con el autor de los crímenes, con el fabricante de esos cuerpos rígidos como tablas, como maniqués, a los que les delineaba una encantadora sonrisa con un bisturí. Una sonrisa de oreja a oreja, siempre tan bien combinada con esos ojos inertes, con esas bolas gelatinosas que miran el infinito y, sí, el más allá, con aquella angustia tan encantadora, tan viva.

El impulso lo invade y salta de su posición como resorte. Se alisa la camisa y se muerde el labio inferior. Basta ya de vivir en el pasado, se ordena. Frotas sus manos y sube a su habitación. Saca una pequeña llave y con ella abre un viejo baúl que consigue del fondo del clóset. Allí están sus objetos sagrados: un par de guantes de cuero, unas esposas y un escalpelo. Tres reliquias de días luminosos que extrae con cuidado de paleontólogo y extiende sobre la cama. Las revisa despacio, las huele, pasa la lengua por el cuchillo, evoca. Gruñe, ruge. Le hubiera gustado tener fotos de sus víctimas o algún objeto personal, un souvenir, pero siempre le pareció demasiado riesgo. Es una lástima, pero gracias a su cuidadoso método de eliminar evidencia, jamás fue sospechoso de algo.

La madera del piso cruje bajo el paso rápido de sus pies. Va y viene como péndulo. Se recorta la uña del pulgar con sus dientes. Lo hará una vez más. Todavía puede. Un asesino no se jubila. Todo tiempo pasado fue mejor. Será mejor. Es ahora o nunca y hasta entonces.

Un hombre decidido a triunfar (y hay pocas imágenes más conmovedoras que la de un hombre decidido a triunfar) guarda sus guantes, esposas y escalpelo en una bolsa y mira el día con optimismo. Baja al garaje y arranca en su carro siguiendo una canción Gloria Gaynor. *First I was afraid/ I was petrified/ Kept thinking I could never live/ without you by my side/ But I spent so many nights/ thinking how you did me wrong...* El aire huele demasiado bien. La vida es aún maravillosa.

El sol brilla y el hombre recuerda. Viaja en su memoria que no ha permitido las grietas del tiempo y del olvido. Revive cada una de sus hazañas. Siente que la fortaleza que creyó le había abandonado saborea

la sangre caliente y espesa de sus víctimas. Salada, pegajosa. Aquellos días fueron grandiosos, la vida le pertenecía, estaba en la cima y millones le temían. Era tan joven y lleno de planes.

Da vueltas en el automóvil. Antes tenía un Mustang negro del 77. Ahora se transporta en una van Chevrolet roja del año, apta para niños y mascotas. Tiene un pequeño aviso cuadrado en el vidrio trasero que dice "baby on board", aunque ya no tiene ningún baby. Con medio siglo de vida a cuestas, la vida pesa. Anda despacio, como un lobo que husmea el aire. ¿Cómo lo hacía? Se pregunta e intenta traer de vuelta su instinto cazador. Levanta la mirada, descubre un posible objetivo, una mujer joven que espera transporte en una estación solitaria. Quiere lanzarse sobre ella, pero tiembla, no se puede decidir, no tiene la audacia. No todavía. Las agallas son para los peces, piensa, y continúa la marcha en busca de valentía, intentando calmar su pulso, secándose el sudor con un pañuelo. Se ve en el espejo retrovisor y el cristal le devuelve la imagen de un hombre asqueado.

Se consuela. Se dice que no es el momento: ya no tiene esos músculos ágiles, esa intrepidez de antes. Ahora tiene que hacer las cosas con más calma. Golpea el timón con furia. Todo tiempo pasado fue mucho mejor.

Las luces de la ciudad se prenden. Las farolas estiran las sombras. Los rufianes salen. La telenovela comienza. El asesino en retiro que quiere dar un golpe más, se estaciona frente a un bar, enciende un cigarrillo y abre la ventana de su coche. Enfoca sus pensamientos en la cacería. Tiene que descubrir la presa desvalida. El teléfono celular vibra y suena. El letrero de la pantalla

dice “casa”. Aprieta el botón rojo. Todo en silencio. Hoy sólo se obedecerá a él mismo. Como antes. Sonríe. Está listo.

Adentro, tres ejecutivos de rango muy mediano, jóvenes, de pelo engominado y escasas perspectivas de éxito real, brindan y se carcajean de chistes fáciles y recitados. Una pareja se besa en insoportable cámara lenta. Una mujer de treinta y tantos mira su copa y luego el vacío. El lugar está lo suficientemente oscuro como para que la fealdad y el ridículo sean un asunto de ángulo.

El asesino se sienta en la barra. Ve a la mujer de reojo, pide un trago, la mira de nuevo, rápido, como púber enamorado. Saliva. El licor agrio rasguña la garganta. Arruga la cara, como repudiando la bebida y toma otro sorbo. Calcula y evalúa las posibilidades, los riesgos, las variables. La presa está distraída en el abrevadero, pronto habrá sangre en sus manos, en su lengua. La jungla está aquí dentro.

¿Un monstruo? No. Jamás. Los monstruos son lo que son, son víctimas de las circunstancias, botellas arastradas por la marea. No pueden impedir la fatalidad, no pueden decidir. Los monstruos son como Godzilla, no pueden evitar ser monstruos, ser Godzilla y naufragar en el lugar equivocado (¿hay algún naufragio en el lugar correcto?), para levantarse y destruir todo a su paso. Godzilla no tiene la culpa, ni en Nueva York ni en Tokio. Yo tengo la culpa, eso es lo divertido, lo que me hace especial. Le dice una de sus voces en la mente patrocinada por la lucidez de la intoxicación etílica que comienza a hacer su pequeño nido. Ahora le gusta escuchar ese monólogo. Ahora tiene una erección.

Voltea una vez más y no ve a la mujer, la silla está vacía y una desesperanza, muy profunda para dos segundos, se cuele en sus entrañas, pero enseguida siente un cuerpo detrás y ve que la mujer se muda de lugar y se sienta justo a su lado. Deja el abrigo y la cartera en la silla siguiente, pide un whisky y sonrío. Todavía hay encanto. El asesino la vuelve a mirar, esta vez con fijeza. La confianza ha regresado: es el hombre que una vez fue. Enciende un cigarrillo y entre las volutas muestra sus dientes de riguroso blanco. Todo tiempo pasado es presente.

Le invita un trago y ella lo acepta con fingida timidez. Hola. Me llamo Ted. No acostumbro a hacer esto. Me-resultas-familiar. ¿Qué-hace-una-mujer-como-tú-sola? Sí, llámame Teddy. Como el oso (en los pensamientos del asesino: como Ted-dy Bundy). ¿Quieres tomarte otro? Yo invito. Qué interesante.

La mujer se sacude el pelo, toda ella es una carcajada animada, cuenta anécdotas, tiene una euforia casi psicótica. Su pelo crespo, rojo y suelto se zarandea en esa cabeza que no para de zarandearse. Tiene un escote profundo. Alguien con necesidades de moderadas a graves la encontraría atractiva. La mujer sigue en su perorata. El asesino asiente. Dirige su mirada al espacio entre las cejas. Como si tuviera rayos equis, sus pupilas la atraviesan hasta el parietal y deja fluir el manantial de palabras ajenas, mientras finge atención y resuelve cómo la matará y hasta aprovecha para hacer un par de cuentas. Cuando ella hace espacios entre sus letanías, el hombre vuelve a asentir o dice que muy interesante o que nunca lo había pensado de ese modo, con una expresión que sólo se podría calificar del más legítimo interés. Luego vuelve a dejarse arrastrar por el tsunami

de sus pensamientos, por la marea del alicoramiento que cada vez lo vuelve más decidido, más valiente.

Teddy pone la mano sobre la pierna de ella y ella abre un poco la boca, como si fuera a decir algo y se arrepintiera justo antes de que sus cuerdas vocales vibraran produciendo más molestos sonidos. El asesino ya decidió que la mejor opción es subirla pacíficamente a su auto, noquearla y buscar un paraje desolado. Luego vendría el plato fuerte. Luego se serviría con tranquilidad de cardenal.

La mujer lo mira, contrae sus labios, se contonea sobre su silla al ritmo de la música. Mueve los hombros, sube las manos, seduce. Me muero por bailar, dice con los ojos cerrados. El hombre ve el acontecimiento encantado y concluye que hay pocas escenas más perturbadoras que la de alguien demostrando sus ánimos sexuales adobados con licor y soledad. Eso le da magia al momento. Ella pone la mano sobre la pierna de él.

Teddy se levanta pesado y va al baño. Escogió a la más débil de la manada, su olfato predador aún parece afinado. Se apoya en la pared y descarga en el orinal. Se siente eufórico, lleno de vida, lleno de muerte. Abre la llave, se lava las manos y humedece la cara. Ve su figura en el espejo y hace un guiño a sí mismo. Todo tiempo presente...

Camina, el pasillo se alarga, el espacio se dilata. La ansiedad y su efecto espacio-temporal. Vuelve a su butaca, le susurra al oído que vayan a otro lugar. Ella mueve la cabeza afirmativamente y le pasa el último trago antes de salir. Por un instante él piensa en su familia, una sucesión de imágenes, de rostros, se difunden por el arado de su cerebro, que piensa que ya es tarde, que su mujer e hijos deben estar especulando

dónde está, deben estar fabricando teorías sobre peligros, atascos de tráfico, malas noticias y posibles amantes. Se enfoca de nuevo con eficiencia en su presa, en esa mujer que unos pasos adelante lucha con su abrigo y zigzaguea y taconeá.

Salen. La calle muy oscura, los ebrios en la distancia de una esquina sucia, la música lejana, el motor del auto en marcha. El hombre, el asesino resucitado, se siente confundido, enredado en su propio cuerpo. Busca el escalpelo pero no logra asirlo con la fuerza necesaria para sacarlo del bolsillo y menos para empujarlo en una anatomía ajena. Se rasca los ojos, pierde la fuerza, el impulso vital. Quiere decir algo y sus palabras son apenas ecos. El hombre entiende que no fue cazador, fue presa, que de ahora en adelante para él todo tiempo será pasado. Mira a la mujer y ella sonrío, abre su cartera y le muestra lo que parece un frasco pequeño con un polvo en su interior, luego le pasa una mano por la cabeza como si fuera un niño y suelta una risotada. Vuelve a su cartera y saca un cuchillo, se lo pone en la garganta y se pasa la lengua por los labios mientras lo mira con esos ojos metálicos. Luego, lo penetra con el acero, suavemente.

Ruido

Algo debía ir bastante mal desde que descubrí que el ruido producía en mí impulsos asesinos. No me hacía enojar ni me producía simples jaquecas. No, más bien lograba que tuviera la seria intención de aniquilar de las formas más variadas: a veces me veía degollando, otras disparando, otras más golpeando con un bate, otras tantas descuartizando con una motosierra (eso me vino en los genes). Orgías de sangre y sesos, que nunca desbordaban la seguridad de la imaginación. Fantasías contenidas. Eso suponía. Por eso, para adelantarme a lo ya predecible, les diré que esta es la historia de mis asesinatos y acciones para eliminar a las fuentes del ruido.

Trabajo, soy el hombre-promedio-que-intenta-ganarse-el-pan. Edad: 30 años. Peso: 75 kilos. Sexo: masculino. Estado civil: soltero. Profesión: oficinista no aspiracional. Soy un cliché. Nueve horas diarias -incluido el almuerzo- frente a un computador: tecleo rápido, reviso archivos, hago cuentas, contesto llamadas, sí señor, no señor, a las tres lo tiene en su despacho, cómo no, ya mismo me pongo en la tarea. Soy eficiente y esa

podrá ser mi gran virtud. Lo tengo todo contemplado. Me gusta así. Odio lo que me resta estabilidad.

Pero el ruido, para hacerme entender un poco más, es la manera infalible de alterar todo el orden del día (para el caso, de la noche). El ruido que me convoca a este atroz recuento, es un ruido que vive conmigo, mejor: uno que vive a mi lado, en el apartamento siguiente, y tiene su propia carne, su vehículo y creador: Cristian. Un hombre previsiblemente cristiano (o católico o testigo de Jehová o qué se yo del séptimo día). El tipo tiene fe, tengo que decirlo, y en las noches se reúne y la practica con una docena de camaradas, con los que canta aleluyas estándar, mientras que yo me revuelco en mi cama, doy vueltas por el apartamento, pienso en el suicidio y, finalmente, decido que algún día lo asfixiaré. Es riesgoso, lo sé.

El ruido es un mutante, a veces es una aplanadora que pasa sobre el cráneo, otras veces es una larga y fina aguja que perfora la cabeza. Sin embargo, e inequívocamente, tiene un efecto más o menos similar en cualquiera de sus presentaciones. Su comportamiento es el de un intruso que se instala y se niega a salir, se introduce por el oído (sutil en su variedad 'aguja' o contundente en su variedad 'aplanadora'), da vueltas por el cerebro (¿han visto cómo se descerebra un sapo?), se tropieza una y otra vez contra la estructura ósea, permanece rasguñando, dando tumbos y se queda allí, aun cuando haya terminado su emisión. El ruido enloquece. Cristian no es el primero. Dejemos así por el momento y comencemos por el principio.

Ingrid era mi vecina ruidosa hace un par de años. Era una atractiva-mujer-soltera que bordeaba los 40 que, según ella, mantenía el espíritu joven con la

música y el rostro, con el botox. Fumaba mucho y tenía esa extraña enfermedad de fin y principio de siglo, cuyo principal síntoma es la búsqueda de la espiritualidad perdida en el musculoso mercado de los saberes atávicos transnacionales, que va de las disciplinas indias a los sistemas decorativos japoneses, del canto de las ballenas del Pacífico a las predicciones mayas. Creo que me gustaba bastante.

La memoria es como un fresco bajo la lluvia que se desfigura con cada gota. Es un manchón de colores impreciso, una posible cara aquí, lo que parece un paisaje más allá. Tonalidades y formas que se mezclan cada vez que se descubren. El recuerdo cambia al ser recordado y muestra facetas viejas y mutadas por las ficciones propias. Me sucede ahora que pienso en Ingrid, que me acuerdo de ese día en el que empezó mi real transformación. ¿Era una tarde o una noche? Debía estar ya oscuro porque fue a la vuelta de mi trabajo. De eso sí estoy seguro.

A veces ella y yo hablábamos, aunque me incomodaran profundamente los decibeles de su música oriental, que ponía a todo volumen cada vez que salía a fumar, en un ritual de tarde-noche, cuando prendía un cigarro y se sentaba en la baranda del corredor de nuestro tercer piso. Sentía, por momentos, que la odiaba. De cualquier forma, por optimista que parezca, también pensaba en un futuro común, en el que yo podría hacerla cambiar y, si me permiten decirlo, hacerla menos ruidosa. Por lo pronto les diré que esa noche de acontecimientos no muy calculados, tenía planeado invitarla a comer y recitarle mi mejor conversación, que, por demás, había sido probada con resultados decentes para propósitos de apareamiento.

Mi recuerdo de la mentada noche consta principalmente de dos fotos, de dos imágenes que se han conservado estáticas y aderezadas, eso sí, por una sensación aún vívida. Imagen #1: yo caminando por el pasillo y ella sentada en la baranda, su sonrisa al verme, su mano en el pelo rubio peróxido, las piernas largas terminadas en tacones que apenas rozan el suelo, la otra mano sacudiendo el exceso de ceniza del chicote. Siento lo que parece amor, pero sobre todo lujuria. Imagen #2 (una foto movida): el ruido tipo aguja dentro de mí, los ruidos tipo aguja en sumatoria de cada tarde-noche. Suficiente. Odio y oportunidad. La imagen muestra mi mano veloz en su pecho, el cigarrillo despidiendo cien luces ardientes al aire, el pelo hacia adelante en casi perfecta horizontal, los tacones elevados a la altura de mi pecho, una mano intentando aferrarse y escapar del vacío, la otra es un manchón que se sacude frenético. Todo es borroso. Ella cae. Es un fresco bajo la lluvia, sólo que se desplaza a 9.8 metros por segundo y se dirige a una segura colisión con el planeta. Crac.

Ahora lo pienso una vez más. Contemplo las posibilidades y analizo los detalles en los que no me extenderé, excepto por una cosa: creo que alguien atestiguó toda la escena. No estoy seguro, pero creo que el tipo del 303 observó todo por el ojo mágico de su puerta. Escuché el movimiento, vi cómo el cristal espía pasaba de oscuro a luminoso, como cuando alguien pone el ojo y luego lo retira. Igual, no dijo nada, no se ofreció como testigo.

Más ruido, luego silencio, así trabaja la muerte. Eso lo entendí con Ingrid en el suelo, con todos los huesos quebrados. Si fuese un disparo sería así: Arrrrghhh + bang = silencio. En el caso de Ingrid es un Arrrrghhh + plop = silencio (cualquier combinación es válida, el

resultado es el mismo, simple aritmética). La muerte como disolvente universal de la estridencia. Vaya descubrimiento. El asesinato es la manera de alcanzar la serenidad, sólo he de pulirlo para futuras oportunidades, pero también es un moldeador y un acto de amor. Mi granito de arena para un mundo más pacífico. Un mundo que duraría de esa manera apenas un año, hasta la llegada del piadoso.

Cristian: hombre de bigote tímido, que configura una línea peluda sobre su labio superior. Alrededor de 45 años. Soltero de sonrisa falsa y excesivamente frecuente. Coleccionista de sacos de lana en cuanta tonalidad existe. Poseedor de una alopecia avanzada y una pequeña cruz de madera que siempre cuelga de su cuello. Irrevocablemente religioso y cazador de nuevas almas. Cantante semiprofesional de alabanzas y poco experto en el manejo de instrumentos de cuerda, a los que les saca los más piadosos gemidos acústicos. Decidido productor de ruido. Ubicación: apartamento 302.

Soy hombre de oportunidad. Supongo que un buen plan no es el más intrincado, sino el más paciente, el que espera el momento adecuado para materializarse. No tardo mucho en pensarlo cuando veo, mejor, oigo, al piadoso y decido eliminarlo, pero debo aguantar un poco más, no cometer errores, no dejar vacíos, evitar que el hombre del 303 compruebe sus dudas, si las tiene.

Dicen que el tipo del 303 no habla con nadie, que es un hombre realmente silencioso. A veces lo veo emerger por su ventana, prender un cigarrillo y mirarme extrañamente. Le tengo miedo. Creo que trae algo entre manos. Son sus ojos los que dicen, los que dejan pistas, boronas de pan en el bosque que guían a las

fauces del lobo, a la caldera de la bruja. En algunas ocasiones intento resistirle la mirada cuando voy entrando al edificio, pero es imposible. Son ojos muy azules, casi blancos, como los de un ciego de retinas quemadas, y parecen complacerse conmigo, con mi duda, con mi temor. También creo que hay algo de escalofriante complicidad. Dicen que el tipo es artista, pintor o algo así (¡nunca músico!), que siempre está cerca, que no tiene a nadie, que sólo lo visitan jovencitos y que es decididamente marica. Eso es todo lo que sé.

La relación entre Cristian y yo comenzó hace un año, a la semana de su mudanza, cuando en la SAGRADA PAZ de mi habitación escuché un coro que decía “qué grande es el señor/qué grande es nuestro Dios”. Mierda, me dije sólo como orate frente al televisor. Luego supe quién era el culpable. Él salía de su apartamento en perfecta sincronía conmigo. Me miró y mostrando la hilera de dientes bajo el mostacho, saludó con un pausado “muy buenas tardes, hermano”. Le respondí con un movimiento de cabeza e intenté seguir mi camino, hasta que por detrás sentí su mano bajo mi codo. “Estás invitado a la oración de los domingos en mi casa”, soltó, y tuve una epifanía, mejor, una premonición de la calamidad, de que el sufrimiento sería semanal y bíblico. Sin embargo, sólo respondí “gracias”, con esa torpe sonrisa del que se sabe insultado pero que no encuentra el coraje para defenderse, con esa sonrisa que muere en el instante, pero se resucita en la mente como prueba irrefutable de la estupidez propia, sólo para luego especular con las posibles respuestas que se ahogaron, con la ira heroica que retornaría la dignidad y dejaría claro quién es quién en este mundo. Pero sólo sonreí.

Por Dios (sic), Semana Santa y Navidad fueron acontecimientos aún más terribles para mis oídos. El número de adeptos a los cánticos creció: al principio eran tres, al final superaban las dos docenas. Hombres y mujeres barrigones y en tonos pastel inundaban el tercer piso con sus voces, con sus matracas y pande-retas. Una hora establecida a la semana, a menos que hubiese una celebración especial que permitiera el horario extendido. Las mismas canciones, las mismas sonrisas. Nadie dijo nada, ningún vecino se pronunció, unos callaron, quizás porque no les importaba, los otros, porque estaban directamente involucrados en la secta. Yo, bueno, nunca fui demasiado hábil para las confrontaciones. Yo sabía que el silencio volvería a reinar en el mismo momento en que Cristian dejara de respirar.

Una vez más: la oportunidad es el elemento decisivo. La oportunidad se presenta de cuando en cuando y funciona como estabilizador de la fórmula química, que evita que el compuesto estalle en la cara. La oportunidad de empujar a Ingrid desde el tercer piso, la oportunidad de asesinar a Cristian. Es el momento exacto en que todo se configura a favor de las intenciones, cuando la respuesta salta y sólo hay que agarrarla, cuando Cristian termina su rito y sus camaradas lo abandonan, cuando Cristian olvida cerrar la puerta luego de la salida del último de sus secuaces.

Yo estaba ahí, acechando como morena en el coral. La luz se presentó como la solución mágica que le pone fin al problema, se filtró entre la puerta del 302 y el marco, como ese guiño que estuve esperando, la palmada en la espalda que me decía “ahora es tu turno y hazlo bien”. Tenía, por supuesto, contemplada la vía de escape en mi automóvil, el maletero despejado, una

pala, también la herramienta con la que le daría muerte y una gruesa cobija para envolver el cadáver. Cuánto lo había soñado. El plan era simple, sin ingeniosas novedades, pero eficiente. Simplemente entraría (esa era la única parte que no había resuelto hasta que la solución se presentó por sí sola), lo asesinaría y me desharía del cuerpo. Problema solucionado. Eso pensaba. Las preguntas, las dudas y sospechas, esperaba que se resolvieran por sí solas. ¿Quién relacionaría la desaparición del hombre conmigo? Era riesgoso, lo sé, pero asumí el peligro que implican las probabilidades. Además, sin cuerpo no hay delito, eso dicen en las películas.

Les presento con orgullo la no muy notable ejecución: no entré de inmediato. Decidí esperar un poco más, confiar en que la suerte estaba de mi lado, en que él no cerraría la puerta y que su olvido le costaría la vida. Esperé y finalmente me animé. Llegué a su puerta, la empujé, caminé en su apartamento, no había nadie, me deslicé hasta el dormitorio y allí estaba él, en su cama y boqueando, con el rostro muy rojo. Me miró con sus ojitos vidriosos y con un susurro pidió que lo ayudara, que lo llevara a un hospital porque se sentía muy mal. Lo vi y no creí en mi suerte, pensé en hacer uso del cuchillo que traía en mi bolsillo. ¡Qué torpe había sido!, si él estuviera en condiciones normales habría podido gritar o luchar. Además, la sangre delataría un episodio violento, pero afortunadamente el Universo había confabulado a mi favor. Me di cuenta de mi error de cálculos y pensé que la mejor alternativa era la asfixia, así que cogí la almohada, mientras Cristian miraba sin entender qué sucedía (quizás pensó que yo era su salvador). La almohada fue a su cara con fuerza. No pataleó mucho.

La mitad del plan estaba resuelta y sólo quedaba desaparecer el cuerpo. Ingrid no puso tantos problemas, pensé. Volví a mi apartamento y mientras alistaba la cobija para envolverlo escuché afuera, en dirección al 302, leves sonidos de esfuerzo contenido. El corazón se me detuvo por un instante, estaba acabado. Podría ser algún vecino noctámbulo y con ánimos investigadores que escuchó algo, o peor, podría ser el mismo Cristian, el sobreviviente, el resucitado como su Señor, el escapista dispuesto a ir con la ley. Me dije mil veces estúpido y un zumbido entró en mi cabeza. Un ruido muy agudo se apoderó de cada neurona. Nunca tuve un plan real, no era lo suficientemente inteligente para una proeza de estas características y lo pagaría. Pagaría por depender de la suerte, de la oportunidad, por no edificar una verdadera estrategia.

Corrí a mi puerta y desde el ojo mágico observé la figura del tipo raro del 303 cargando lo que parecía ser el cuerpo del piadoso envuelto en sábanas. No entendí lo que sucedía. Por detrás de mis ojos relucieron las imágenes, las fotos: Ingrid en el asfalto, luego de caer 15 metros, sus piernas dobladas, la sangre a su alrededor que la transformaba en un isla en medio de un mínimo océano rojo y espeso. El hombre del 303 observándome, sus ojos blancos, su cigarrillo en la ventana. Cristian con la boca muy abierta luego de ser asfixiado, su bigotito ridículo y la cruz de madera que nunca lo protegió. Yo tapándome los oídos. Todo mezclándose en un revoltijo de colores y escenas.

El miedo se parece demasiado al ruido, el miedo también invade y se instala en el cuerpo, en la mente, se mueve con sutileza o con contundencia, nubla y estremece, no permite que los pensamientos se alineen y

los lanza en estampida. Es un zumbido rotundo que se cuela adentro, muy adentro.

Pero debía ponerme en pie y averiguar qué sucedía, así que lo seguí. Arrancó en su vehículo y yo hice lo propio a los pocos segundos. Condujo hasta las afueras de la ciudad, y yo atrás, mientras me preguntaba qué rayos sucedía, a dónde me llevaría todo esto, cuál era su plan. En la distancia lo vi estacionar en un paraje desolado. Fue al maletero y sacó al inerte Cristian. Su plan era mi plan. Llegué hasta él con las luces plenas y él me miró con la mano haciendo sombra en la frente. No pareció muy sorprendido. Antes de bajar comprobé que mi cuchillo seguía en el bolsillo.

La expresión del hombre se movía entre la súbita tranquilidad y la duda. Dio media vuelta y enterró la pala. Me acerqué dubitativo y le pregunté qué diablos sucedía. Él siguió indiferente. Me dijo que yo ya lo sabía y le dije que no, que necesitaba una explicación. “Yo lo envenené después de que terminó el culto, lo odiaba tanto como tú, pero más que eso, quise hacerte un favor. Sé que no nos conocemos, pero he visto cómo me miras... He visto muchas cosas. También vi lo que le hiciste a esa mujer hace dos años”, dijo con una expresión en sus ojos que comencé a descifrar, con esa complicidad imprecisa que simplemente ratificaba toda sospecha. Me miró por unos segundos que parecieron eones, con la misma mirada de un padre que remedia los errores de su hijo. Luego, me contó que me había visto también entrando al apartamento de Cristian y que sabía que yo había finalizado su crimen. Posó su mano sobre mi hombro. “Tranquilo”. Así se veía el amor. Todo estaba claro.

Cavamos juntos en la hermandad que sólo produce el compartir un crimen. Con cada palada no dejaba de pensar en la deuda que estaba contrayendo, en el miedo que me embargaba, en el zumbido en mi cabeza. El agujero ya estaba lo suficientemente profundo. Oportunidad. Todo estaba a punto de terminar. Elevé la pala y la deposité con toda mi fuerza en la cabeza de mi aliado. Plac. Fue un sonido seco y la sangre brotó. No me molesté en saber si estaba aún vivo. Cubrí a ambos cuerpos con la tierra. Silencio. Hombre libre.

Fueron seis meses verdaderamente felices, sin ruidos realmente exasperantes. Aunque la policía estuvo rondando, pronto dejó de hacerlo. Nadie supo qué pasó. Especulaciones en las que no profundizaré ocuparon las tardes de los vecinos, mientras yo regresaba al estado de absoluta paz.

Pero la comodidad y la tranquilidad me son esquivas. Al cumplir poco más de medio año en el Nirvana, el infierno se reconstruyó bajo la figura de un enorme costeño amante del vallenato en vivo de jueves a sábado. Las estridencias en formas novedosas y totalmente aplastantes regresaron con una furia avasalladora. Acordeones, gritos y risas. El ruido anabolizado, hipertrofiado. No podía más. La suerte estaba echada una vez más y mi límite se rebasó por kilómetros.

Entonces lo decidí. La fría lógica guió mis actos. Puse mi mente a trabajar horas extras, la forcé a parir posibles soluciones y la epifanía llegó, la respuesta me atravesó, me partió como un rayo y cada célula cerebral se iluminó en un ballet eléctrico. Las cartas estaban sobre la mesa, las piezas finalmente encajaron y tuve que obedecer el mandato, tuve que sobrevivir. Me mudé. Soy hombre de oportunidad.

Bonus track

Mi nuevo hogar, en el que ya perdí la cuenta de los días, es un remanso de tranquilidad, donde ni siquiera los pájaros trinan. Todo es tan blanco y silencioso. A veces afino el oído para escuchar las actividades de mis vecinos, pero no capto la más mínima onda sonora. Es como si no existieran. Creo que aún con los sentidos agudos de un perro lo único que escucharía sería el latido de mi corazón. Silencio finalmente, lo sé, pero algo anda terriblemente mal. El silencio tiene una vibración en sí mismo, un sonido (seguramente) parecido al que captan los que se están quedando sordos, el sonido de las células auditivas muriendo, un pitido constante instalado directamente en la cabeza, un sonido que un día nace en mono y luego evoluciona a Dolby, el ruido interior. Quiero vomitar.

Clarividencia

Te lo contaré todo, no te preocupes, mi querido Il Ching. Supongo que te lo debo. Creo que tu admiración debe tener esta justa recompensa. Aunque te aseguro que no eres el primero en preguntarme, eso me pasa a diario, eso me pasa por salir en noticieros y periódicos. Por ser una estrella debutante y, sí, probablemente fugaz. Pero tú lo mereces. Mereces saber de dónde proviene mi poder, cuál es el secreto de mi clarividencia, cuál es la fuente de todas mis epifanías, de la luz que esclarece el misterio, de mi capacidad que supera la estética de la pantalla y del público.

Como sabrás, todo comenzó hace tan poco que es difícil creerlo. Los últimos seis meses de mi vida han sido, de lejos, más valiosos y perturbadores que los pasados treinta y tres años. Todos esos cuerpos que se han recuperado y todas esas tragedias anticipadas, gracias a mis capacidades sobrenaturales, son la prueba irrefutable de mi talento, de ese talento que hoy me ha hecho ganar toneladas de dinero, del mismo que tiene a millones conmovidos, en peregrinaje virtual y vía satélite.

Verás que el asunto inicia como una película pésima: un día cualquiera. Comienza conmigo hambriento, viendo la cara de ese hombre muy flaco y muy barbado, la de ese tipo que, como rana de experimento colegial, está clavado a dos palos cruzados. Ese que tiene expresión de consumidor habitual de Prozac, la misma expresión de la rana René. Le dicen Jesús, alias El Mesías. El asunto, resumiendo para no aburrirte, es que yo estaba allí, hablando con un hombrecillo de cerámica, pidiéndole cosas que sólo pide un hombre desesperado. Ja. Implorando la piedad de Dios el Absolutamente Indiferente. Ja y Ja. Y allí, en medio del inútil ruego, tuve mi epifanía: vi el camino y supe que en mí se encerraba un poder sobrecogedor. Pero para hacer honor a la verdad y calmar tu curiosidad, no, no hubo truenos ni voces celestiales, no hubo sonido alguno, excepto el del televisor sintonizado en la eternizada y madrugadora perorata de las televentas.

Sé que lo supiste por los diarios, que todos se enteraron de mi entrada triunfal y que vieron esa foto que incluso a mí me horroriza. Sólo un poco. Esa imagen en la que aparezco justo después de entrar a la redacción de aquel periódico amarillo, con espuma en la boca y la mirada negra, con los dedos hechos garras y esa angulosa delgadez y barba de alcohólico tan apegada a la imagen y semejanza de Cris, el por siempre colgado.

¿Qué gritaba? Eso es lo que siempre me preguntan, Il Ching. Gritaba retazos de mis visiones. De mi garganta salían imágenes transmutadas en alaridos, brotaba mi clarividencia. Decía que lo veía en mi cabeza. Imágenes reproducidas a la velocidad de la luz en espasmos epilépticos de cada neurona. Gritaba, sí, gritaba que sabía dónde estaba aquella María Magdalena, que Barbie moriría. ¿La recuerdas? La modelo de la que

decían que vendía ese cuerpo quirúrgico y sintético. Yo la recuerdo bastante bien.

Verás, lo que dije aquel día en el periódico no lo dije por decirlo. Era la revelación que me carcomía, el flash-forward que me sacudía. Sí, vi a la escuálida rubia degollada y metida en esa bolsa de plástico, como empacada al vacío. Vi el horror antes de que sucediera y lo advertí. Siete días más tarde, ya lo sabes, la policía haría el escalofriante hallazgo: encontraría a la mujer en esa zanja, la que yo había anunciado, embolsada y rígida, en su elástica prisión como muñeca defectuosa e instantáneamente desechada. Sobra decirlo, pero cuando lo anuncié fui un chiste público, la nota divertida del día, el loco-entra-a-periódico-y-vocifera-disparates y luego... Bueno, luego fui visto con sospecha y respeto. Supongo que también con miedo. A los profetas nos sucede.

Mi vida tiene un objetivo que me supera. No es fácil cargar esta cruz. No es sencillo anunciar los funestos hechos que se ciernen sobre las pobres creaciones del que tira los dados. Deja de mirarme así. Así como me veían en la redacción, así como me miraban los que compraron la edición, donde mi foto salía al lado de la modelo inerte. Ya sabes, dos cuadros. En uno se ven los pies delgados y casi traslúcidos y en el otro estoy yo, posando como para foto de documento público.

Pero claro, esa no fue la única vez. Si lo hubiese sido no habría trascendido. Se habría perdido entre las musculosas informaciones diarias. Las imágenes en mi mente continuaron, me sacudieron cada vez más frecuentemente, me hundieron en ese océano embravecido en el que nadaba solo. ¿Alguna vez has estado a punto de ahogarte? Yo sí, de muy chico, y te diré lo

que se siente: primero pateas hasta que las fuerzas se pierden, luego te rindes ante el ubicuo líquido y dejas que entre por tu nariz y boca con la obediencia de un comatoso. Mueres como si regresaras a lo primario de la vida, envuelto en el líquido amniótico, y te sientes extrañamente relajado, hasta que alguien alarga la mano y, de nuevo, vez la luz. Lloras como neonato y tus pulmones vuelven a funcionar, afanosos de alimentarse de uno de los gases más tóxicos de este planeta: oxígeno. Tan tóxico que es inflamable y destruye los metales.

¿Por qué miras para otro lado, acaso te aburro? ¡Ya, deja la prisa! Continuaré informando.

Luego sucedió lo de aquellos maricones. Recuerdo que estaba en la plaza y me vi a mí mismo corriendo con los brazos extendidos y grité, una vez más, lo que pasó por mi cabeza. Dije que los sodomitas volarían por los cielos. Vi, en reproducción cuadro a cuadro, a treinta maricas surcando el firmamento en piezas. Y todos, mientras bramaba mis visiones, como ejército de leprosos lobotomizados, se acercaron y me rodearon y yo quedé, en el centro de un círculo humano, expectante y mudo.

La bomba explotó en aquel bus, a media cuadra, dos minutos más tarde. Y me transformé en aspirante a Dios, me convertí en fuente simultánea de miedo, veneración y compasión. Mis palabras se esparcieron como virus apocalíptico.

Ascendí a los cielos mediáticos catapultado por boletines informativos y videos YouTube que daban cuenta de mi asombroso poder, todos grabados por teléfonos celulares que captaron la escena pixelada y corrida de un hombre arrodillado y vociferante, justo antes de que la onda expansiva diera inicio a la

estampida generalizada, mientras él permanecía con los brazos extendidos y las orejas sangrantes. Imágenes reproducidas y clonadas por millones, enviadas con el toque mágico de un clic, para ser devoradas, vomitadas y vueltas a devorar.

Y, en medio de todo, yo. Esto se trata de mí. De mí en todas partes. Una y otra vez. Omnipresente. Convertido en estrella siniestra, en celebridad de la predicción, entrevistado con las mismas preguntas, iluminado por oleadas de flashes, invitado a programas de media noche, visitado por millares de internautas dispuestos a dejar su número de crédito a cambio de una palabra mía que baste para sanarles. Las cuentas bancarias suben y las líneas del más fino polvo colombiano desaparecen en medio de fiestas cada vez mejores. Una historia para The E! True Hollywood Story. Una historia que te cuenta su protagonista a viva voz.

No hagas caso, sé que te resulto extraño y que por eso crees que soy una oportunidad. Eres un turista y yo soy la ruina que quieres fotografiar y luego presumir con tus amigos. Me ves como si mi existencia fuese propiedad pública, como si te perteneciera una parte de mí. Tal vez tengas razón. Quieres analizarme, verme de cerca, saber por qué puedo hacer lo que hago, quieres encontrar una respuesta para todo, para mí, para mi apartamento immaculado, para mis palabras certeras. Quieres entender algo que está muy lejos de tu entendimiento, para convertirlo en producto vendible y de producción en serie. Pero te tengo noticias: eso ya lo hice antes que tú.

Ahora ya casi llega el final. La satisfacción de tu curiosidad. Recuerdo cada detalle del día en que tuve mi última epifanía. No había conversado con nadie en

semanas, me había recluso en mi apartamento a no hacer nada más que beber whisky y fumar, hasta que los poderes curativos de la intoxicación me revelaran el camino. Aquella mañana el sonido del teléfono me despertó y decidí contestar. Era esa chica que va a todas las fiestas, esa celebridad tan googleada, la tonta de cabellos rubios del momento que protagoniza escándalos instantáneamente perecederos, esa que siempre está al último grito de la moda y, en esa ocasión, mi querido Il Ching, el último grito de la moda era yo.

Desde el otro lado de la línea escuché su voz de zombi fashion que me pedía una cita, que clamaba por mi sabiduría, por mi guía. Dijo que estaba confundida. Vaya deducción. Me ofreció una suma. Acepté. Entonces ella dijo “that’s hot”. Colgué y enseguida tuve mi iluminación. Agarré una vez más el teléfono en medio de la descarga informativa que llenaba mi cerebro. Casi no lo podía sostener. Tuve que hacer cuatro intentos de marcado antes de acertar el número correcto, antes de poderme comunicar con el noticiero, para apenas balbucear que una estrella fugaz caería y París ardería.

Esa noche la noticia de última hora se atravesó en el prime time. Paris Hilton, la heredera, había caído en vuelta en llamas desde un piso 33. Su cuerpo incinerado atravesó una ventana y, atraído por la fuerza de gravedad, se estrelló contra el asfalto cual meteorito. Mis palabras grabadas fueron reproducidas, mientras la cámara mostraba un carbón desenfocado aún humeante que era cubierto con una tela por los bomberos. La estrella ardió durante varios minutos hasta que alguien le descargó el contenido de un extintor. La estrella fue noticia por última vez, tuvo su escandaloso epílogo rodeada de cámaras, como le hubiera gustado.

Y yo desaparecí, no di ninguna entrevista, me perdí del ojo público hasta hoy, hasta que me enteré que un joven director asiático de cine, al que le endilgaban el título de ser el maestro del suspenso, me estaba buscando para hacer una película de mi vida. Y aquí estoy, Il Ching, contándote lo que sucedió. Narrándote fragmentos, haciéndote testigo de lo que será el final, porque lo sé, necesitas conocer cada detalle y yo te lo debo.

Así que tendré una última visión sólo para ti: conocerás el futuro ahora. La clarividencia comienza a fluir por mí de nuevo y lo veo todo con absoluta claridad. Te veo, Il, veo tus pequeñísimos ojos abriéndose como nunca los has abierto, te veo confundido y me veo sacando el arma que llevo escondida bajo la gabardina, esta misma que ves ahora.

¡Quédate quieto!, ten paciencia que ya casi termino.

Las imágenes llegan como lo hicieron antes, como cuando me vi degollando a aquella modelo o poniendo esa bomba o bañando en gasolina a Paris. ¿Sabes qué más veo? Una bala dirigiéndose a tu cabeza y tu sangre sobre la pared blanca y yo riendo y luego acercando el cañón a mi sien para que todo concluya con un estruendo final. ¿También lo ves? No llores. El futuro es ahora y es inevitable.

Bang...

Bang.

Tic-Tac

A las 11:04 AM el espasmo atravesó al pensionado mientras oscilaba en su mecedora en frente de la casa. La electricidad recorrió cada nervio, cada tejido, cada célula moribunda y el viejo abrió sus ojos negros de escualo y las gotas gruesas bajaron en enjambre por su espalda y frente. La velocidad del mundo bajó a cero y luego se revolucionó de golpe, hasta que el reloj marcó las 11:09. Lo vio todo en cámara lenta: la gente caminando por la plazoleta, pasos fragmentados y en extremo pesados, como si se desplazaran en un frasco de miel, su mujer riéndose de él como chimpancé ebria, mientras que el cielo azul se volvía rojo y luego violeta.

A veces pasaba, a veces le sucedía a Krapp. Desde joven podía ver el futuro, pero su capacidad de viajar por el tiempo era casi otra burla, era otro aspecto ridículo de su vida, pues siempre se había distanciado en relación con el resto del planeta no más de cinco minutos. Por lo que su aparente don era inútil, pues no podía hacerse millonario apostando a la lotería, tampoco convertirse en un héroe salvando vidas o hacer fortuna vaticinando futuros. Cinco minutos, hasta ahora, eran muy poco tiempo como para cambiar el curso de su

vida, pues con sus involuntarias visitas a lo venidero, apenas podía predecir nimiedades, como la próxima tanda de personas que pasaría frente a su casa, el sonido de la destrucción de la vajilla a manos de la empleada o, por mucho, esquivar una cagada de paloma.

Krapp volvió y seguía sentado en su mecedora, vio el reloj y eran las 11:04 AM. Había sucedido de nuevo. El sudor del hombre se hizo frío, sus ojos reconocieron el perímetro y en su boca se formó una sonrisa que dejó ver a su único diente. Roberta, su pesada mujer, lo vio y soltó su molesta carcajada que estremeció todas sus carnes. Era un burlón y vibrante pudín de chocolate. Con algo más de treinta años de insufrible matrimonio ella había aprendido a hacer de él la mejor broma, mientras que Krapp ya había comprendido que en la jerarquía doméstica su lugar era un poco más bajo que el de la mascota.

Pero la risa del pensionado no era el resultado de su cultivada y creciente locura, o tal vez sí. El asunto es que esa risa era oscura y al tiempo brillante, era felicidad y muerte. Krapp, que nunca había conseguido nada al viajar 300 segundos en el tiempo, hoy tenía el poder en sus manos: había visto el final del mundo. Había estado en primera fila para atestiguar la muralla de fuego que se acercaba devorando edificios, carros, perros, mujeres, hombres y árboles. Había visto el cielo rojo y la lluvia de fuego que desprendía las carnes de los huesos. Vio las bocas abiertas, terror, su pueblo arrasado. Era magnífico, pensó. El reloj marcó las 11:05 AM.

Su oportunidad había llegado, lo supo. Este era su momento, el único en que podría reclamar su lugar, en que podía dejar su ineludible inferioridad. El mundo se equilibraría, de eso estaba seguro, y en esos últimos

instantes se declararía su amor propio y dejaría de ser un pusilánime al hacerse su mejor regalo: le volaría las tripas a su mujer. Ya nada importaba, igual, todos morirían.

Los ojos negros como la muerte iban de derecha a izquierda, buscaban respuestas, las manos removían el pelo plateado y sudado, estiraban la cara, la lengua mojaba el bigote. Krapp armó el plan, las neuronas establecieron posibilidades a toda velocidad y el anciano se levantó y fue por el viejo revólver que guardaba en el armario. Lo cargó y lo metió en el bolsillo de la delgada chaqueta. Caminó y luego comenzó a trotar. El reloj marcó las 11:07 AM. No hay tiempo. Aceleró, atravesó la puerta de la habitación y empuñó el arma. Estaba feliz. Reía, como no recordaba haberlo hecho, y pensó que este era el mejor presente que jamás se pudo haber dado. Roberta lo vio emerger del interior de la casa y pareció adivinar las intenciones de ese endeble intento de hombre, que se acercaba dando zancadas, con esas piernas flacas y débiles tan parecidas a las de un ave de charco. A una de mal agüero. La redención trotaba.

Krapp sacó el revolver y atravesó la puerta de salida casi con gloria. 11:08, confirmó antes de detenerse para apuntar. Su víctima lo miró directo e intentó huir, pero cayó y espació sus pellejos en el descanso de la entrada de la casa. Demasiado tarde. Krapp soltó SU carcajada y la primera bala se encajó en el pecho de la gorda, la segunda le atravesó el antebrazo y se detuvo en el costillar, dos segundos después fue la tercera y, en nada, el cañón ya escupió la sexta. Roberta boqueaba asustada y aún sin comprender qué había sucedido. Intentaba arrastrarse, una ballena varada en la playa. Apenas resoplaba.

Silencio, humo, testigos horrorizados alrededor del cuerpo. Krapp sigue sonriendo con la pistola colgando de su mano y mira una vez más el reloj: 11:10 AM. Un minuto más de lo que había vaticinado para el final. El hombre se rasca la cabeza con angustia, se estira la cara, se lame el bigote, mira hacia todas partes. El tiempo continuó su marcha y nada pasó. Pensó en su imbecilidad, en que ahora pagaría por hacer caso a sus fantasías, en que nadie moriría, excepto, quizás él, por asesinar a la morsa, tan asidua a la iglesia y tan respetada por la sociedad local.

Las miradas feroces de los que ya se acercan lo enfocan, los mirones comienzan a cerrarle el paso con los brazos estirados, como una horda de leprosos justicieros, y las piernas del anciano se hacen gelatina. Probablemente morirá. Peor: irá a la cárcel y pasará allá sus últimos años. Ya están encima suyo.

Momento. Tic y luego tac.

Todo se detiene de nuevo. El cielo se pone rojo, un zumbido comienza a crecer, la gente grita y los rostros se desencajan. Krapp voltea y allí está la ola de fuego, las casas se desmoronan y los carros vuelan. Respira profundo y aliviado. Qué suerte tiene, el mundo sí se acaba. Todos morirán. También él. Suelta su carcajada y se siente tan, pero tan feliz. La onda expansiva lo alcanza y el anciano vuela como una ceniza soplada.

Escena del crimen

El policía

En estos vecindarios siempre hay trabajo. Sólo basta ver que la gente ya no parece gente: andan como zombis, se arrastran y huelen a muerto. A la mierda, deberían poner una bomba atómica y acabar con toda esta ralea. Mire nomás, Rodríguez, la víctima es un varón. Aproximadamente 25 años. ¿Qué hacía un pendejo como este por aquí? Tiene cara de gente. Uno lo ve y de lejos se da cuenta que no es de por aquí. A lo mejor se vino de putas o buscando perico. Y por vicioso le coronaron su tiro y lo dejaron ahí, muerto como bicho.

Tome nota y aprenda, Rodríguez: en la herida visible la bala entró por la espalda, por la zona lumbar y tiene orificio de salida por el abdomen. Por el color oscuro de la sangre, probablemente comprometiera el hígado y el hombrecito se demorara en morir. Pudo haber fallecido hace sólo unos minutos, mientras todos estos perros veían cómo se le iba la vida.

No se ría marica, se lo digo en serio, tiene que aprender de la experiencia. Esto es como CSI ¿La ha

visto? Pues créame que los que llevamos tiempo en esto somos como los de la televisión, con sólo ver un muñeco sabemos qué le pasó.

Deje la hijueputa risa que no estoy mamando gallo.

Póngale una sábana, pero que antes le tomen las fotos. Que también tomen fotos de las marcas de sangre en la pared y de las del piso. Al parecer el gomelito se alcanzó a arrastrar unos metros.

También anote que el cuerpo fue encontrado a las 22:35 del día sábado 20 de abril del año en curso. Vaya y pregunte si alguien vio algo, aunque ya sabemos que nadie va a decir un carajo.

¡Rodríguez, Rodríguez! Antes de que se vaya páseme un guaro.

¡Argggg! Ahora sí, a trabajar.

La víctima

¡Mierda! ¿Qué pasa que no me puedo mover?, ¿ya me morí?, ¿y toda esta gente? Tengo frío, el pavimento está helado. ¿Qué hacen?, ¿por qué todos se quedan ahí mirándome y no me levantan? Son policías, creo, sólo puedo ver sus botas. Y el reflejo de las luces. Y sí, esas son sirenas. Debo estar en esos 45 minutos. En esos que leí en no sé donde. Esos 45 minutos en los que alguien que se supone que está muerto sigue sintiendo y pensando, porque aún queda electricidad dando vueltas por el cerebro.

Siento un quemón que me atraviesa. Debe ser la bala. Cómo arde. Huele a carne asada. Malditos. Me arrastré pidiendo auxilio pero todos se abrieron, nadie

quiso ayudarme. Sólo me veían y se corrían. ¿Por qué son tan hijueputas?

¡Mierda! No, no puede ser, me cagué. También estoy meado. Meado y cagado. ¡Qué frío! Si sólo pudiera cambiarme el pantalón, si sólo pudiera frotarme las manos. Quiero ver hacia otra parte, no quiero seguir mirando todas esas botas. No quiero que me miren. ¿Dónde está la luz esa y el túnel del que hablan? Tengo miedo. Si pudiera vomitaría. Quiero vomitar y comer y tirar y caminar y emborracharme. ¿Qué habrá del otro lado?, ¿habrá otro lado?

El curioso

¿Y toda esa gente? Aquí hubo otro dado-de-baja. Toda esta chusma no deja pasar. Quite socio que esto es circo para todos. Partida de morbosos, que no dejan pasar... ¡No sea hijueputa! A este man sí le templaron el buche bien templado. Vea toda esa sangre. El chino no tenía anemia. Ja.

Pero raro, a esta pinta nunca la había visto. Véale la ropa, ese man no era de por acá, vea que tiene su par de zapatillas naiqui originales. Ese era un gomelito. ¡Quién sabe en qué andaba para que lo totiaran así! Pero pobre chino, hasta quedó con la cara de pánico y con los ojos abiertos. Eso es de mal agüero. Eso de que el muñeco quede mirando al que lo muñequió. Aunque quién sabe qué fue lo último que vio.

Nadie debería morirse así. Qué paila.

Ojalá la tomba se lo lleve rápido, que con tanto sapo nadie puede trabajar.

Sedución

Sólo con escuchar tu voz al otro lado de la línea supe claramente lo que sucedería. Supe que mi encanto te había seducido, que te rendirías a mis pies fascinada por mí, por ese atractivo que sólo un auténtico seductor tiene. Tu dulce voz, mis palabras decididas, confiadas, mi tono viril. Hablamos por teléfono, no fue mucho lo que teníamos que decirnos, mejor: lo que tenía que decirte. Que hablen nuestros cuerpos. Y luego de un par de minutos ya me asegurabas que llegarías en media hora hasta mi puerta. Lo siento por tu novio, pretendiente o similar. Ya sabrás qué es un verdadero hombre. Ya tendrás tu regalo.

30 minutos. Suficiente tiempo. Me meto al baño y abro la llave del agua caliente. Te mereces un amante limpio. El líquido recorre cada lugar, cada pliegue de esta anatomía bien añejada y absolutamente experimentada en las lides del amor. ¿Qué harás con tanto? Ya te enseñaré. El jabón y sus burbujas que se deslizan con tanta sensualidad, mis manos amplias dedicadas a la asepsia para luego ocuparse de la carne. Este cuerpo preparándose para ser tu manjar, pero también listo para devorar. Hoy eres la elegida. Deberías sentirte

halagada. Sé que te sientes así, aunque no lo digas. Cosas del ego femenino, cosas que yo entiendo como experto en complacer las necesidades (y necedades) de damas de toda laya, como el auténtico campeón de la torsión ocular.

Y salgo de la ducha como un ángel entre nubes, emerjo del vapor caliente. Sé que vienes apremiada, con la prisa de llegar... ¿Qué me pongo? Nada, para qué arruinar la reunión con la incómoda ropa, si basta con una bata de seda que tape mi desnudez inicial, así mis partes pudendas no te conmocionarán de inmediato, no entrarás en shock al apreciar mi arsenal, mi arma de seducción masiva apuntando con toda intención de ser disparada. Te haré la guerra y tu cuerpo será el campo de batalla. Ya me siento un poco contento. Calma.

Suena el timbre. Debes ser tú. Te veo desde el ojo mágico. Veo tu cara fina, tu expresión de urgencia. Ya te abro nena, sólo dejaré que timbres una vez más, debes desearlo con fuerza para que se te cumpla. Debo hacerme desear. No es sadismo, no te confundas, es sólo tensión dramática.

Ring. Hola. Sigue y ponte cómoda.

Entras precavida, como gacela que presiente el acecho del león. Te quedas muy quieta, mirándome con esos ojos solares que tiemblan casi imperceptiblemente. Toda tú tiembles y aún no te he tocado. Se siente muy bien la seda sobre mi piel, la alfombra bajo mis pies. Ha llovido. Pobrecilla, estás empapada y, repito, aún no te he puesto un dedo encima y ya escures.

Quieres lo tuyo y por eso sigues aquí. No te irás sin que te dé lo que te prometí. Pero tienes suerte, yo soy un hombre de palabra. Pero sólo espera a que me sirva un trago. Ya estoy contigo.

La seda cae de mi cuerpo ante tus ojos huidizos. Qué cuerpo tienes. Estoy evidentemente feliz de verte. Me escrutas de arriba abajo. No sabes qué hacer, mejor: no sabes por dónde empezar. Es demasiado, soy demasiado. Estas muda. Es un efecto colateral. Las gotas de licor caen de mis comisuras y se deslizan por mi cuello y mueren en mi pecho. ¿Te dan ideas?

Mi gran cohete transcontinental tiene ya su mira fija y tú sólo lo ves. Un hilillo de voz quiere salir de tu garganta. Te estás decidiendo. Tu carácter felino está por desbordarse. Haces acopio de toda tu voluntad y finalmente me miras directo a los ojos y ruges. Gritas “viejo inmundo y marica”. Te pones lasciva y procaz. Eso me gusta. Mira cuánto me gusta. Agarras los billetes que están encima de la mesa y dejas la pizza. Huyes. Odio que te vayas, pero me encanta la forma en que lo haces.

Son intrigantes y fascinantes las chicas de los domicilios.

Horario

Jack siente que hace tiempo está mutando, que es un ser en evolución y él cree saber cuál es su destino. Los poderes le comienzan a brotar, eso piensa su cerebro oculto debajo de los pelos sucios y grasosos que le dan a su cara esa apariencia de sobreviviente de debacle nuclear. Eso piensa ahora, que todo parece tan claro, cuando el sol amarillo entra por la diminuta ventana y él hace que sus nudillos truenen, para luego pasar la palma de su mano por el frío cañón del rifle que descansa al lado izquierdo de su cama.

Cuando sea grande los mato a todos.

Jack creció en barrio de parques, pero no salió a jugar. Ese día, el día en que tomó la determinación, porque ya era grande, vivía solo en un apartamento diminuto, en un agujero en la pared de un edificio. Afuera se escuchaban los sonidos de la noche, fiestas en la distancia, carros que pitaban, borrachos que cantaban. Jack fumaba iluminado por la radiación del televisor, que le mostraba un desfile: hombres musculosos y definitivamente maricones que se veían mucho más exitosos que él. Jack maldecía y le parecía graciosa la idea

de verse a sí mismo en ese plan, de pensar en los 29 años que había pasado respirando, comiendo y convirtiéndose en un enorme esfuerzo económico para todos, incluso para sí mismo.

En el apartamento no hay mucho. Motas de polvo, pelos y fibras recorren el piso como bolas de heno en el Lejano Oeste. También hay varios libros para impresionar a las visitas que nunca llegan y un pequeño cerro de crucigramas inconclusos. Jack despierta a mitad de la noche y revisa la chapa de la entrada, aunque ya la ha revisado dos veces. Jack gira la llave tres veces en ambas direcciones. También es iluso. Alguna vez creyó que todo iría mejor, ahora sólo se pierde en sí mismo. Aunque si le preguntan a alguien que lo conozca, seguramente ese alguien dirá que es sólo un completo imbécil o, mejor, dirá que apenas lo ha visto, mientras hace un esfuerzo mental para configurar con exactitud su cara.

Jack llora todos los días en el mismo horario, luego de que termina el noticiero y durante tres minutos. De 19:30 a 19:33. Después se levanta y se para frente al espejo y hace muecas, se imagina como un rudo pistolero, pero cuando vuelve al planeta y se mira una vez más, se da cuenta de que un grano con cabeza chantillí se instaló en su frente y ahora es una bomba haciendo tic-tac. Quisiera verse mejor. Piensa que mejores genes solucionarían mucho en su vida. Se pasa con desesperación los dedos por la cara, intenta arreglarse el pelo para que le cubra el anabolizado barro. En el último mes lo han plantado tres veces. Nadie quiere aparearse con él.

Cuando sea grande los mato a todos.

Jack ve American Splendor y se siente identificado, aunque sabe que nunca tendrá el talento artístico del protagonista. Luego sale y se para en un puente peatonal. Es una mancha negra y alargada en medio de la nada. Se siente solo y considera ciertas ideas, pero se asusta con un indigente que pasa y se devuelve a su cueva. La calle es peligrosa, aunque le gusta pensar que no tanto como él. Jack se reconforta con la idea de su peligrosidad y camina muy derecho, con la mirada retadora, hasta que encuentra a alguien que también lo mira con fijeza y tiene que bajar sus ojos y hacerse el orate. Entonces vuelve a encorvarse y a ser él mismo.

Es un hombrecito muy flaco y su cara es huesuda, angulosa, aerodinámica. La piel es pálida. Jack sabe que no es el macho alfa de la manada, aunque un tiempo soñó con serlo. Los años aterrizan. Tiene claro que su vida es ridícula, como un dueto de Kenny G y Richard Clayderman. Piensa en los otros, en los que no se dan cuenta de que compartirán su misma suerte, en sus compañeros de trabajo, en las otras abejas del panal.

De 8:00 AM a 5:00 PM se sienta en un escritorio separado por paneles de los otros. Hace un tiempo que no sale a almorzar, no se da cuenta a qué hora termina su turno, simplemente se sienta y se deja ir. A veces huele a hamburguesa y a café, otras a tinta, a papel caliente, a perfume dulzón de secretaria. Las voces susurran detrás, se ríen. Jack piensa que todo es una burla, que él es el chiste. En las pantallas hay chats abiertos, hay juegos de solitario en marcha, hay caras de bebés (motivaciones del proletario de oficina), hay videos YouTube. En la pantalla de Jack hay una hoja en blanco, cuando no hay cifras y cuadros inmóviles e hipnóticos. A veces Jack descuelga el teléfono, marca un número indeterminado de cifras y simula que habla con una mujer y

luego cuelga un poco avergonzado de sí mismo, pero sobre todo teme que alguien lo descubra.

Jack mira alrededor. La tipa de recursos humanos le sonríe a un imbécil de atención al cliente, luego descubren el espionaje de Jack, él le dice algo a ella y ella se cubre la cara con una carpeta y suelta la carcajada.

Cuando SOY grande los asesino a todos.

Jack vuelve a casa, ve el noticiero, llora y descubre otro espantoso defecto en su rostro. Se acuesta y cuenta las grietas de su techo. Se cansa y fantasea. La vida es exactamente igual, la rutina convirtió los días en clones, los días se repiten como en ese capítulo de La Dimensión Desconocida: da igual hoy que mañana y Jack ya ni siquiera sabe qué día es. Y no se preocupa por averiguarlo.  l sólo se queda muy quieto.

Sobre la mesa del lado de la cama hay dos pistolas 9 milímetros y una escopeta semiautomática se apoya contra la pared. Jack ha comprado sus juguetes después de ahorrar varios meses. Los ha comprado uno por uno. La vida es maravillosa, piensa cuando ve el reluciente metal de los cañones. Las armas, cuando son disparadas, anuncian la partida, el inicio de la carrera. Jack se pone en sus marcas.

Las mira una vez más y se pregunta si finalmente las usar , si todo esto no es sólo una fantasía que lo invadió en los últimos meses y que pronto lo abandonar . Decide que no, que más vale hacerlo de una vez, que no hay por qué darle más vueltas, que mañana puede ser un buen día para matar, para iniciar su corta cacería. De pronto recuerda las veces en que casi se ha arriesgado, pero se contuvo. La vez que alguien esperaba el tinto en la máquina de la oficina y pudo haberle estrellado la cabeza contra la pared. Una mano a la nuca, el

impulso furioso y el borde de la pared quebraría el cráneo como cascarón de huevo. Cómo perdía el tiempo. Ahora se entretiene con la idea de la masacre, con las visiones de sí mismo convertido en guerrero supremo, en vengador sagrado, en el sicario del Divino-Niño.

Duerme a lo sumo cuatro horas y despierta. Al principio no se acuerda, pero luego de 30 segundos con los ojos abiertos llega a su mente la decisión que tomó la noche anterior. La evalúa y la confirma. En la vida ya no iba a hacer nada de todas maneras, entonces, por qué no darse la oportunidad de hacer algo grandioso, piensa. Por qué no darle relieve a tanta planicie. Alcanza a imaginar, mientras la somnolencia abandona su cuerpo, que en su país, a miles de kilómetros, las noticias hablarían durante semanas del compatriota asesino en masa. Todos, muy en el fondo, se sentirían halagados de que un paisano tuviera los oscuros impulsos de un nacido en el primer mundo. Será un tipo un importante, toda una personalidad.

Jack está seguro de que pudo ser más, pero que el camino lo trajo aquí. Ahora se está bañando y detrás de sus ojos se reproducen imágenes que se van perfeccionando: al principio entra con la escopeta y dispara al pecho del mensajero, que celebra su entrada desplomándose y tirando cien hojas a la atmósfera; luego decide que es mejor si él va vestido de perfecto negro y primero le vuela la cabeza a la recepcionista, mientras ella espera un saludo. Es cómico imaginar sus caras: primero una sonrisa imbécil, luego la aparición de la escopeta desde el interior de su abrigo, en seguida los ojos muy abiertos, el grito y ¡bang!

SOY grande y todos están muertos.

Son las 8:00 AM y Jack está listo. No encontró un atuendo en perfecto negro como quería, pero se las arregló con una camiseta azul oscura y un pantalón que aún no estaba del todo seco. Ahí está encajando las pistolas en su pantalón y buscando cómo acomodar la escopeta que no puede ocultar en ninguna parte. Esos son los problemas que implican la fantasía y la falta de planeación, se dice. No importa, con dos pistolas es suficiente.

Jack se mira al espejo y se siente mejor, se siente superior, se siente no sólo dueño de su vida, sino también de la de los otros. Es Dios. Y Dios cree que ya es momento de salir de casa y empezar el trabajo divino. Mira el reloj: 8:20 AM, ya ha pasado suficiente tiempo como para que su oficina esté completamente poblada.

A las 8:40 AM Jack traspasa la puerta de cristal, camina con paso seguro y rápido y aprieta el botón del ascensor. Todo está en inusual silencio. Jack mira el escenario, la silla de la recepción vacía, el computador apagado. Se pasa la mano por la mandíbula, sigue su camino, pues deduce que la muerte debe estar rodeada por una silenciosa tensión dramática. Jack aprieta los dientes hasta que le duelen las mandíbulas, en su cabeza reproduce el fin, el momento en que todos escupen las tripas y el equipo SWAT ingresa al lugar, el instante en que los francotiradores lo tienen en la mira y él sale corriendo y disparando en medio de un aguacero de plomo supersónico y grita algo así como “mi nombre es Jack”, mientras algún testigo con su cámara de celular graba el fin, para después colgarlo en alguna página de Internet. Es el epílogo perfecto.

El ascensor se abre y no se escucha nada, no hay nadie. La oficina está desierta y el proyecto de asesino

se desconcierta. Desenfunda sus armas, una en cada mano y se siente repentinamente como un vaquero apocalíptico. Camina despacio. Mira a cada lado, sus ojos hacen un paneo y confirman que no hay un alma. Un relámpago recorre su espina dorsal y una gota fría brota de su frente. Avanza con sigilo y comienza a pensar que es una trampa, que a lo mejor lo están esperando. Se paraliza. Su saliva se convirtió en engrudo. Pero nadie lo podría saber, ni siquiera él mismo a esta misma hora de ayer, la decisión es demasiado reciente y jamás fue comentada.

Jack está preso del terror. Supone que el mundo afuera fue arrasado y que él es el único superviviente. Siente todo el cansancio y la falta de sueño. Siente ganas de vomitar. Deja las conjeturas y su cabeza se pone en blanco. Se sienta en su escritorio derrotado. Lo vuelve a pensar. Mira el reloj una vez más y marca las 8:55 AM, también dice que es sábado. Jack se queda unos segundos petrificado mirando el reloj, suelta una carcajada y luego se golpea el cráneo con la cacha de la pistola. El sábado nadie trabaja y él olvidó qué día es. Vuelve a mirar a su alrededor, guarda sus pistolas, se levanta y comienza a caminar perezosamente hacia la salida. Se siente terriblemente mal, se encorva y vuelve a ser él. Es una mancha larga y negra.

El lunes los mato a todos.

El lunes los *mató* a todos.

Señales

Zoom in. Las señales comenzaron hace poco, aunque todo estaba establecido para que llegaran desde hace mucho. El señor Kindred está sentado frente al televisor como había hecho cada día después de la primera revelación a esa hora y en ese canal. ¿Qué ve? No importa, ni a él mismo le importa demasiado, pues lo suyo parece más cercano al decidido acto de contemplar con fijeza la nada, de ver la serie de píxeles que conforman imágenes en movimiento y que ya no tienen ningún interés. Pero esa noche fue distinta. Esa noche, Kindred, por supuesto, recibe otro mensaje, pero esta vez más claro. Un nuevo mensaje extraterrestre. Los flashes de imágenes confusas interrumpen en el noticiero entre chasquidos. Ve en su mente lo que le pareció una figura humana y, más tarde, escucha una distorsionada voz que dice “ahora-días-fin-esperando-confirmación”. Pero, a decir verdad, el asunto comenzó desde mucho antes.

Para el momento en que todo inició, el señor Kindred había sufrido un accidente laboral. Él, con el tiempo, decidiría que fue una auténtica fortuna que ese martes, a las 14:07, atravesara la recepción de la

empresa a la que iba de lunes a viernes, justo cuando un obrero que hacía reparaciones en el tercer piso dejaba caer un destornillador que terminaría traspasando su cráneo y acomodándose en el interior de su cerebro. El destornillador se abrió paso por el pelo, luego por el cuero cabelludo, para perforar el hueso y finalmente acomodarse en su suave masa encefálica. Se detuvo en la empuñadura. Kindred continuó allí parado, mientras una línea gruesa de sangre se deslizaba recta y escarlata, comenzando en lo más alto de su frente y finalizando en una gota gorda que caía de su nariz. Del resto de ese día no recordaría mucho, pero lo que sí supo es que desde entonces se le revelaría su verdadera misión: salvar el mundo.

A medio camino entre el trance y la realidad y tumbado en la sala de operaciones, Kindred parecía una especie de radio, con aquella antena formada por el destornillador y sintonizada en una frecuencia desconocida. K (como él mismo se presentaría después a quien interesara) tenía los ojos muy abiertos y rojos y decía cosas que difícilmente encajarían en cualquier idioma, pues la única palabra distinguible que, de cuando en cuando, repetía con premura de psicótico era: "héroe". Ni los médicos ni los demás hicieron mucho caso y el silencio llegaría con los sedantes y la cirugía. Kindred fuera.

Y luego, allí, despertando del estado comatoso, regresando a la playa de lo real como botella de náufrago, tuvo las primeras pistas conscientes sobre su misión. Las revelaciones empezaban a surgir, pero la información era fragmentaria, inconexa, como una señal de cable robada. Algunos "erp-dap-esp". Interferencia, ruido que se esparcía con cada impulso eléctrico de sus neuronas. Nada lo suficientemente claro para darle

nombre, pero K tuvo pronto la certeza de que algo muy grande venía en camino y que él era el único que podía evitarlo. Él y sus recién adquiridos poderes mentales, pensó. K se dijo a sí mismo que él era el elegido y sonrió y luego durmió.

Para definir a K habría que usar repetidamente la palabra promedio. Con 42 años y una colección de corbatas demasiado delgadas y pasadas de moda, K no era un hombre triste ni feliz. Hacía lo posible para ser lo segundo, aunque los grandes objetivos de su vida se los había llevado el tiempo. A veces salía a tomar una copa o de vez en cuando lo lograba con una mujer. Jamás había peleado ni se había insubordinado. Muy pocos podrían decir que era un mal tipo, pero tampoco muchos podrían asegurar que era estupendo. De vez en cuando despertaba en las mañanas y por un momento creía que era otra persona, que vivía otra vida, quizás la de un millonario, la de un seductor o la de un aventurero, pero luego de frotarse los ojos regresaba a la realidad, a su cama extra small, a su habitación amarilla y a sus babas secas en una de sus mejillas. La criatura de Dios veía un nuevo día, uno más, la repetición de todos los anteriores, la premonición de los siguientes. Otro desayuno de campeones y a lo de siempre.

Ahora, con un vendaje en la cabeza, el mundo le parecía muy distinto. K era otro, finalmente. Su expresión no decía mucho, excepto por sus dos ojos demasiado chicos que miraban de derecha a izquierda, como dos pequeños insectos que chocan una y otra vez contra el cristal. K tenía que verlo todo. En todas partes parecían surgir indicios de lo venidero. La sospecha era continua y el mundo era sospechoso. Todo lucía demasiado bien acomodado, pero el resto de la humanidad aparentemente lo ignoraba. Su especie desconocía lo

que él creía comprender: las condiciones eran perfectas para la invasión. Los enemigos se acercaban. La trampa, pensó y se convenció, estaba milimétricamente planeada.

K supuso que el metal que los médicos decidieron no extraer de su cabeza tenía algo que ver, que había alterado su cerebro, que lo había modificado y, sí, mejorado. Recordó que alguna vez leyó sobre cómo ciertos orates demasiado activos fueron pacificados con una lobotomía o cómo aquel tipo tranquilo tuvo un accidente en la construcción de una carrilera que le dejó como legado un trozo de fierro encajado en su frente y una renovada vida de criminal. Esas cosas pasan, y ahora le pasaban a él, concluyó. Sólo que a él le sucedió como en los comics. Si a Peter Parker lo mordió una araña o el buen doctor Bruce Baner tuvo un accidente radiactivo que lo convirtió en Hulk, él tuvo lo propio en la entrada de su trabajo y un destornillador era la clave. Un hombre promedio y solitario es material para superhéroe. La idea le sedujo y se convenció de que se gestaba el nuevo paladín de la justicia.

Pero quien viera a K sonreiría y luego se desternillaría de la risa hasta el dolor abdominal, de sólo escuchar lo que él pensaba de sí mismo y K lo sabía, aunque también sabía que los verdaderos héroes se encubren tras la aparente debilidad. Pero, claro, en su caso era demasiada. Era cosa de locos, por no decir menos. Una alopecia casi anárquica, la delgadez de un rifle, la espalda encorvada y los dientes muy picados, no le ayudaban. La verdad sea dicha, su estampa encajaba tanto en la de superhombre como lo puede hacer un trozo de chorizo en un helado de vainilla. Pero K se tenía una recién adquirida confianza que pondría a temblar a

cualquiera, sobre todo si ese cualquiera supiera lo que este escuálido ser iba a cometer.

Frente al espejo, mientras analizaba cada pliegue de ese rostro afilado como el de un pájaro y al que comenzaba a creer ajeno, K fue atravesado por otro espasmo luminoso. En su cabeza sentía el destornillador vibrar, y de repente cobrar vida propia, luego la luz irrumpía en sus córneas y comenzaban esos susurros que iban en ascenso hasta alcanzar la potencia de una algarabía de estadio. K se retorció de dolor. Nadie dijo que sería fácil. Siempre hay sacrificios. Y tirado sobre el piso alcanzó a escuchar y ver la silueta de lo que parecía un niño con una cabeza de dimensiones anormales. K soltó una carcajada convulsiva apenas terminó el episodio, se puso de pie y continuó riendo por varios minutos. K empezaba a darle voz y cuerpo a su enemigo y eso lo hacía sentir bastante bien. Antes no tenía a nadie y ahora, así como así, tenía un adversario que comenzaba a conocer. Su desolado mundo finalmente ya no estaba tan desolado.

Estos episodios se harían cada vez más frecuentes. Sólo que él no les llamaba episodios, sino señales. Señales que terminaban de darles sentido a esas otras señales: los extraños símbolos en los cultivos de trigo o las predicciones de pequeñas catástrofes que anuncian el Armagedón. Pensaba en ello a menudo, lo pensaba mientras veía a aquel tipo que salía en la TV anunciando muertes de hombres y celebridades en llamas. Un falso profeta en el prime time como novedad y luego como flash informativo que habla de un asesino en serie que se suicida no sin antes dar su último golpe. Todo hablaba por sí solo. El final se acerca. Su mente ataba los cabos. Un simpático presidente llamado Obama, un archienemigo llamado Osama. Torres ardientes,

raelianos, los cuatro jinetes, los mayas, las luces en el cielo, las píldoras que debía tomar cada día pero que nublaban su mente, las conspiraciones, el anciano de pelos revueltos y mirada feroz que aúlla que el momento se acerca. El mundo lo necesitaba, se decía.

Entonces nuevas descargas de su cerebro. K las esperaba con ansias. Por eso pasaba las horas mirando el televisor sin salir de su cama, en el sauna de sus sábanas, resguardado en su pequeña trinchera con aquel casco de papel aluminio que se fabricó para que no leyeran sus pensamientos, pues si él podía saber de ellos, no era ilógico que supusiera que ellos pudieran saber de él. La idea la sacó de un programa de TV y desde entonces se sintió un poco menos inseguro. Se había vuelto demasiado astuto, concluía. Los “erp-dap-esp”, se habían convertido en palabras, en “cuerpo-adaptación-espera”. Luego escucharía las palabras “invasión, señal y confirmación”. Transmisión interrumpida. Transmisiones interrumpidas. Nada del todo concluyente.

Y fue ese día, el día con el que comienza este relato, el decisivo. K había despertado sintiendo que lo observaban, que de alguna manera era espiado, que finalmente había sido descubierto y que el desenlace se acercaba. K primero se sumergió en sus sábanas que olían demasiado a él y que por poco habrían hecho parte de él, pero luego pensó que un par de tejidos superpuestos no eran refugio confiable. Su corazón galopaba y las gotas de sudor frío resbalaban por su espalda. K bajó saliva en estado casi sólido, saltó de la cama y con la velocidad que le permitieron sus músculos magros y blandengues se metió debajo de la cama. Todo K se resumía en un par de ojos intermitentes en la oscuridad, justo bajo el brillo metálico de su casco.

K se estremecía. ¿Quién era?, ¿quiénes eran esos que hablaban en su cabeza, esos que lo observaban?, ¿qué querían? Nada bueno, de seguro. Eran Ellos, sí, con mayúscula. Los que vienen, los que se avecinan. Están cerca, demasiado cerca. El final es aquí y ahora. El destornillador vibra. Peligro inminente.

K lo decide. No tendrá miedo, ya no es un hombre solitario y promedio. Se rasca la cabeza, mete los dedos en su pelo enmarañado, siente su cicatriz, se aprieta el casco con furia. Ya no es lo que fue. Ve las pastillas que nunca tomó y las manda, una vez más, al diablo. Él es el elegido, el héroe y los héroes se superan a sí mismos. Emerge de debajo de la cama convertido en Súper K, pero luego se dice que es mejor llamarse Capitán K, aunque es mucho mejor K-pitán. El sol brilla allá afuera. El planeta lo espera, hoy será un gran día para la humanidad y uno pésimo para los extraterrestres. Ya verán, se dice.

El hombre ascendido a héroe ríe. El recién nacido paladín de la humanidad no llora como neonato, se carcajea incontenible y luego calla y se queda muy quieto, tan estático como cuando el metal se asentó en su cerebro. La radiación del televisor ilumina su rostro y él ve con atención nada en especial. Llega el mensaje: “ahora-días-fin-esperando-confirmación”. Las pupilas se expanden, la epifanía le invade, las neuronas transportan demasiada electricidad. K-pitán abre la boca el tiempo suficiente para que caiga una gota espesa. La criatura de Dios ha resuelto su papel en este mundo, ha decidido que esa confirmación para la invasión no debe transmitirse, que debe ubicar la fuente, que debe encontrar la avanzada alienígena y exterminarla. No debe estar lejos. Si lo estuviera, no habría podido interceptar su señal, concluye.

Entonces se asoma a la ventana y sus ojos se resienten con la claridad, pero alcanza a ver aquella silueta pequeña y delgada en la calle de enfrente. Es Él, el de sus visiones. Su enemigo encarnado en la anatomía de un niño con cabeza de dimensiones anormales, que mira el cielo y luego lo ve a él y levanta la mano, le hace la señal de hola y K-pitán quiere devolverle el saludo, pero reacciona al instante y la turbación se adueña de su ser y se esconde al instante, como adolescente sorprendido en actividades impúdicas. El destornillador se retuerce como si quisiera salir de su cabeza. Se asoma una vez más y ve al chiquillo entrar en la casa vecina.

K-pitán está confundido. Recorre el mínimo espacio de su residencia con pasos cortos y veloces. Piensa qué debe hacer, cuál es el plan a seguir, cómo salvar el planeta. K-pitán lo decide, la mejor defensa es el ataque, es un hombre obligado a hacer lo que tiene que hacer, se trata de la vida de su especie o la de su adversario. No hay tiempo para dudas. El tiempo se agota. Pronto su pequeño oponente confirmará que la invasión es posible y ya no quedará nada. Será el fin. K-pitán se horroriza con sus deducciones y recuerda el cuchillo de la cocina, pero mientras va en su búsqueda encuentra un viejo martillo que guarda en la estantería. Escoge el martillo como su arma, porque el cuchillo es para los villanos. Lo aprieta y se siente reconfortado.

Es un hombre dispuesto a enfrentar su destino. Se yergue tanto como puede, levanta la cabeza y comprime sus mandíbulas hasta que le duelen. El destornillador se sacude, epiléptico, en su cráneo. Es ahora o nunca. Agarra la sábana que huele tanto a él y la amarra en su cuello. K-pitán está listo para luchar.

Escaleras abajo aúlla su grito de batalla, que no es otra cosa que un alarido prehistórico, ríe con la lengua afuera y su capa ondea, mientras cubre de a tres o cuatro escalones con sus zancadas, con sus desecadas piernas blancas, peludas y desnudas. Alguien ve al escuálido y vertiginoso vecino bajar en calzoncillos, con una manta al cuello y con aquel casco de papel aluminio, pero no se atreve a detenerlo.

Es un relámpago que se cuele en la casa de su adversario por una ventana abierta. Es una máquina con una misión.

K-pitán primero encuentra a la supuesta madre del pequeño de cabeza anormal. La ve directo a los ojos y en un microsegundo concluye que es parte de su coartada, se abalanza sobre ella y la golpea hasta que ese extraño líquido rojo comienza a fluir de su cabeza. Mira alrededor y ubica a su objetivo principal que intenta la huida, pero el hombre del casco es demasiado rápido y con algunos movimientos lo intercepta. Su enemigo frena en seco y se queda petrificado. El aspirante a héroe le lanza un certero golpe de su martillo y el infantil adversario se desploma. Pero el hombre debe estar seguro y lo golpea varias veces más, hasta que todo queda reducido a trozos de carne aplastada y luego, exhausto, simplemente mira su obra con orgullo.

La policía rompe la puerta y un oficial entra. K-pitán salta y se para rígido y se lleva la mano derecha a la frente en saludo militar, muestra sus dientes picados y suelta un contundente: misión cumplida, el mundo está a salvo. El policía horrorizado con la escena le grita que se tire al suelo, pero el escuálido héroe continúa allí, de pie. El oficial le dispara su taser y la descarga eléctrica hace que K-pitán se retuerza como lombriz en

la sal. Los oficiales le caen encima con sus macanas y lo golpean hasta que el miedo y la rabia le ceden el camino al cansancio. K (sí, sólo K), alcanza a ver su casco sobre el piso y su sábana ensangrentada y, con el dolor de sus huesos fragmentados, con su cuerpo a punto de colapsar, logra preguntarse por qué no le agradecen, si realmente lo merece. Alcanza a decir “yo soy el héroe”, pero al instante un garrotazo seco hace que sus dientes vuelen.

Zoom out. Y mientras todo esto sucede en ese pequeño planeta, a varios cientos de años luz, el operador de colonizaciones interestelares de Sivaubick-1564, monitorea las señales de confirmación de varios mundos que pueden ser viables para la invasión. Esto quiere decir que contienen criaturas lo suficientemente inteligentes para convertirse en esclavos, pero no tan listas como para ser consideradas un riesgo. El operador dirige su hendidura visual hacia la pantalla que recibe información de la Tierra y ve cómo la señal de su vigía desaparece. La criatura contrae sus tentáculos (que en términos terrestres sería como encoger los hombros) y se dispone a levantar un breve informe en el que se descartará ese planeta como objetivo de ataque. Al parecer, es un planeta demasiado peligroso.

Índice

Tiempo muerto	9
Ruido.....	17
Clarividencia	29
Tic-Tac.....	37
Escena del crimen.....	41
Seducción.....	45
Horario	49
Señales.....	57

EL SUEÑO DE LA RAZÓN

Ficciones desbordadas, vocación por la desmesura, goce malsano. En los límites de lo real, el imaginario se regodea.



El fin de la noche, constelación de narrativa y poesía hispanoamericana. Con publicaciones de cuidado artesanal y soporte imperecedero, el sello integra la tecnología de edición más avanzada –impresión bajo demanda, libre acceso de lectura online y distribución digital internacional que permite que los libros estén siempre disponibles– a la delicada paciencia para el armado de cada título.

Que los libros luminosos jamás se agoten.

Puede conseguir nuestros títulos desde cualquier ciudad del país y del mundo. En nuestra página www.elfindelanoche.com.ar encontrará la red de librerías virtuales nacionales e internacionales asociadas.

Por cualquier consulta, por favor contáctese a info@elfindelanoche.com.ar

